



caustos y víctimas pacíficas, escribió la recapitulación ó el sumario de la ley sobre las piedras del altar, colocó el pueblo á los lados del arca de la alianza, seis tribus sobre el monte Garizim, seis tribus sobre el monte Hebal. Después los levitas promulgaron de nuevo la ley delante de toda la multitud, así como las bendiciones y las maldiciones del Altísimo. «Maldito, exclamaron en alta voz, el hombre que hace imagen de talla ó de fundición, abominación del Señor, obra de mano de artifices y la pusiere en lugar oculto.» Y respondió todo el pueblo: «Así sea.» «Maldito el que no honra á su padre y á su madre.» Y todo el pueblo respondió: «Así sea.» «Maldito el que lleva más allá los linderos de su prójimo.» Y todo el pueblo respondió: «Así sea.» «Maldito el que hace errar al ciego en el camino.» Y todo el pueblo respondió: «Así sea.» «Maldito el que pervierte la justicia del extranjero, del huérfano y de la viuda.» Y el pueblo respondió: «Así sea.» En fin, después de otras maldiciones contra el incesto y el homicidio. «Maldito el que no permanece en las palabras de esta ley, y no las cumple con sus obras!» Y todo el pueblo respondió: «Así sea (1).»

«Si oyeres la voz del Eterno, tu Dios, y observares todos sus mandamientos, te ensalzará sobre todas las gentes que hay sobre la tierra. Serás bendito en la ciudad y bendito en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, y el fruto de tu tierra, y el fruto de tus bestias. Serás bendito cuando entres y cuando salgas. El Señor hará que caigan delante de tí tus enemigos que se levanten contra tí. Vendrán por un camino contra tí, y por siete huirán de tu presencia. El Eterno se hará de tí una nación santa; y todos los pueblos de la tierra verán que el nombre del Señor ha sido invocado sobre tí, y te temerán.

«Mas si no quieres escuchar la voz del Eterno, tu Dios, vendrán sobre tí y te alcanzarán todas estas maldiciones. Serás maldito en la ciudad y maldito en el campo. Maldito será el fruto de tu vientre, y el fruto de tus tierras, y el fruto de tus ganados. Serás maldito cuando entres y maldito cuando salgas. El Eterno te

(1) Deut., 27.

entregará vacilante á tus enemigos; saldrás contra ellos por un camino, y huirás por siete; y serás dispersado por todos los reinos de la tierra. El Señor te herirá con locura y ceguera y frenesí; y andarás á tientas en el mediodía, como suele andar el ciego en tinieblas. El Señor te llevará á tí y al rey que establecieres sobre tí, en medio de un pueblo que ignorarás tú y tus padres; y servirás allí á dioses ajenos, al madero y á la piedra, y quedarás perdido, y como el juguete y la mofa de todos los pueblos adonde el Señor te llevará. El Eterno traerá sobre tí un pueblo de lejos, y de los últimos confines de la tierra, á semejanza de águila que vuela impetuosamente y cuya lengua no podrás entender; un pueblo osado, que no respetará al anciano ni se compadecerá del niño. Y devorará el fruto de tus ganados y los frutos de tu tierra, hasta que perezcas. Te desmenuzará en todas tus ciudades y hasta que sean derribados tus muros fuertes y altos, en los cuales ponias tu confianza; serás sitiado dentro de tus puertas en toda tu tierra, que el Señor tu Dios va á darte. Y comerás la carne de tus hijos y de tus hijas; tan grande será la desolación á que te reducirán tus enemigos. Y quedareis en corto número los que antes por la multitud érais como las estrellas del cielo, por cuanto no oísteis la voz del Señor Dios vuestro. Y así como antes se había complacido el Señor sobre vosotros, haciéndoos bien y multiplicándoos, así se complacerá en destruirlos y acabarlos, para que seais exterminados de la tierra, á la que entrareis para poseerla. El Eterno te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro. Tampoco tendrás descanso entre aquellas gentes, ni hallará reposo la planta de tu pié, porque el Señor te dará allí un corazón medroso y ojos desfallecidos, y un alma consumida de tristeza. Y estará tu vida como colgada delante de tí; temerás noche y día, y no crearás á tu vida. Por la mañana dirás: «¿Quién me diera llegar á la tarde?» Y por la tarde: «¿Quién me diera llegar á la mañana?» El temor aterrará tu corazón, por las cosas que verás por tus ojos. El Señor te volverá á llevar en navíos á Egipto, por el camino que dijo que no volverías á ver. Allí sereis ven-



didos á vuestros enemigos para ser esclavos, y no se presentará ninguno á compraros (1).»

La primera parte de estos proféticos castigos, la veremos cumplirse principalmente en la cautividad de Babilonia; la segunda, más terrible aún, la vemos cumpliéndose desde hace diez y ocho siglos, desde la época en que este pueblo desconoció al gran profeta que Moisés le anunció antes de su muerte, y que les mandaba escuchasen, bajo la pena de incurrir en la venganza de Dios.

Esta solemne promulgación de la ley, en el momento de ejecutar la sentencia capital del soberano juez contra los pueblos que habían sido rendidos á sus piés; esta formidable sanción que unía á la observancia de esta ley el destino de la nación entera, todo esto debió causar una viva impresión, no sólo sobre los israelitas, sino también sobre todos los habitantes del país. Un pueblo encontró allí su salvación.

Cuando la suerte de Jericó y de Hai se extendió á lo lejos, los reyes del país, que habitaban las montañas ó los llanos cerca de la orilla del mar ó cerca del Líbano, hicieron juntamente alianza para combatir contra Josué y contra Israel. Pero un pueblo, cuya capital era Gabaon, á una jornada del campamento de los israelitas, hácia el Occidente, empleó la astucia para salvarse del peligro. Enviaron embajadores á Gálgala, en donde acampaba Josué con su ejército. Estos hombres llevaban con ellos asnos cargados con costales viejos, panes duros y deshechos en mendrugos, y otras cosas viejas y recosidas. También ellos llevaban vestidos muy usados y zapatos muy viejos y remendados. Cuando llegaron al campamento, dijeron á los ancianos de Israel: «Venimos de una tierra distante, con el deseo de hacer paz con vosotros.» Los jefes de Israel les respondieron: «No seais tal vez moradores de la tierra, que nos es debida por suerte, y no podamos hacer alianza con vosotros.» Mas ellos respondieron á Josué: «Siervos tuyos somos.» Y Josué les preguntó quiénes eran y de dónde venían. Ellos respondieron: «De una tierra muy distan-

te han venido tus siervos en el nombre del Señor Dios tuyo; porque hemos oído la fama de su poder, todo lo que hizo en Egipto, y con los dos reyes de los amorreos que estaban de la otra parte del Jordán: Sehon, rey de Hesebon, y Og, rey de Basan, que estaba en Astaroth. Y nuestros ancianos, así como todos los habitantes de nuestra tierra, nos dijeron: Tomad con vosotros provisiones para un viaje muy largo, y salidles al encuentro y decidles: Siervos vuestros somos, haced alianza con nosotros. Ved los panes que tomamos calientes de nuestras casas para venir hácia vosotros cómo se han secado ya y desmenuzados por muy añejos. Estos pellejos que llenamos de vino eran nuevos, y ahora están ya rotos y deshechos; las ropas que vestimos y los zapatos que traemos en los piés se han gastado á causa de un tan largo viaje.»

Josué y los jefes de Israel tomaron de los comestibles de ellos en señal de buena inteligencia, y no consultaron el oráculo del Eterno, es decir, que no le consultaron por mediación del gran sacerdote, como debieron haberlo hecho. Josué les concedió la paz con la seguridad de sus vidas. Y los príncipes de la asamblea les hicieron juramento. Pero al punto se apercibieron del artificio, porque al tercer día llegaron á las ciudades de este pueblo, Gabaon, Cafira, Beroth y Cariathiarim. Josué y los jefes les perdonaron, y como el pueblo murmurase por esto, respondieron ellos: «Se lo hemos jurado en el nombre de Jehová, Dios de Israel, y por esto no les podemos tocar.» Según el consejo de los ancianos, Josué echó en cara á los gabaonitas su fraude, y les condenó, así á ellos como á sus descendientes, á cortar leña y á llevar agua para el servicio del altar de la casa del Señor en lugar de todo el pueblo. Los gabaonitas le respondieron: «Llegó á noticia de nosotros, tus siervos, que el Señor Dios tuyo tenía prometido á Moisés, su siervo, que os había de entregar toda la tierra y que destruiría todos sus habitantes. Temimos, pues, mucho, y quisimos mirar por nuestras almas, y compelidos de nuestro terror, tomamos este partido. Mas ahora estamos en tu mano: haz de nosotros lo que tuvieres por bueno y justo.» Hizo, pues, Josué lo

(1) Deut., 28.





que había dicho, y les libró de las manos de los hijos de Israel (1).

Aunque Josué cometió una falta no consultando el oráculo del Eterno, como estaba obligado en todas las ocasiones importantes, no se ve, sin embargo, que Dios le castigase por haber perdonado á los gabaonitas. Se ve, por el contrario, que este juramento de alianza, arrancado desde luego por la astucia, pero ratificado, sin embargo, por respeto al nombre del Señor, que allí se ve invocado, vino á ser una ley sagrada é inviolable. Habiendo Saul, primer rey de los judíos, llevado hasta allí sus golpes, Dios castigó á todo Israel, hasta que dió á los gabaonitas una satisfacción completa (2). Es, pues, de presumir que si Josué hubiera consultado el oráculo, se le hubiera respondido que hiciese poco más ó menos lo mismo. A la verdad, existía la orden de exterminar los pueblos

(1) Josué, 9.

(2) 2 Reg., 21.

de Canaan, entre otros el de Gabaon, los Heveos; esto se entiende naturalmente de los que resistirían, que sería necesario atacar y subyugar á viva fuerza. En cuanto á los que acababan de someterse bajo todas las condiciones, sobre todo aquellos que, como los gabaonitas, vendrían en nombre de Jehová, Dios de Israel, le reconocían por el Dios verdadero; no habiendo nada dispuesto la ley á este propósito, era muy natural tratarles con misericordia. Josué lo dió bien á entender cuando observa que, á excepcion de Gabaon, ninguna ciudad pidió la paz á los hijos de Israel, y ninguna mereció como ella la clemencia (1). Lo que todavía confirma esta opinion, es que la posadera ó la ramera Rahab, no solamente fué perdonada con todos los suyos, sino incorporada al pueblo de Dios: casó con Salmon, de la tribu de Judá, y vino á ser así uno de los antepasados de David y del Mesías.

(1) Josué, 11, 19 y 20.

### CAPÍTULO III

Derrota y muerte de los cinco reyes enemigos de Gabaon.—Lluvia de piedras.—Lo que esta tenía de maravilloso.—Josué detiene el sol.—Dificultad de este milagro.—Su recuerdo entre los antiguos pueblos.—Toma de ciudades y derrota de los reyes cananeos.—Conducta de Dios para con los individuos, las naciones y la humanidad culpables, y particularmente para con los cananeos.—Colonias cananeas.—Semejanza de sus costumbres con las de la madre patria.—Motivos de la conservacion momentánea de ciertas poblaciones

La sumision voluntaria de los gabaonitas, unida á la destruccion de Jericó y de Hai, afectó tanto más á los pueblos de Canaan, cuanto que Gabaon era una gran ciudad. Hai tenia unos doce mil habitantes, pero Gabaon era mucho más considerable; era como una capital de reino. En efecto: las ciudades de Cafira, Beroth y Cariathiarim parecian haber estado bajo su dependencia; por otra parte, todos estos habitantes eran muy valientes y aguerridos. Para impedir que su ejemplo no contaminase á otros, Adonisedec, rey de Jerusalem, marchó sobre Gabaon con otros cuatro reyes, que como él reinaban sobre los amorreos: Oham, rey de Hebron; Faram, rey de Jerimonth; Jafia, rey de Lakis; y Dabir, rey de Eglon. A la aproximacion de estos cinco reyes, los gabaonitas enviaron á pedir auxilio á Josué. Y el Eterno le dijo: «No les temas, porque yo les he entregado en tu mano; ninguno de ellos podrá resistirte.» Subiendo Josué de Gálgala, durante toda la noche, echóse sobre ellos de improviso y obtuvo una gran victoria. Mientras huían los enemigos, Dios hizo llover sobre ellos una granizada terrible y piedras muy gruesas, y murieron muchos más de las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel pasaron á cuchillo. Entonces Josué habló á Jehová, y dijo en presencia de los hijos de Jacob: «Sol, detente sobre Gabaon; y tú, luna, sobre el valle de Aifalon.» Y paráronse el sol y la luna; y no hubo antes ni despues un dia tan largo, obedeciendo el Señor á la voz de un hombre, y peleando por Israel.

Los cinco reyes habian huido y se habian

escondido en una cueva de la ciudad de Maceda. Habiéndolo sabido Josué en medio de su victoria, mandó á los que le acompañaban, y dijo: «Rodad grandes piedras á la boca de la cueva, y poned hombres diligentes que guarden á los que están encerrados. Y vosotros no esteis así parados, sino id siguiendo á los enemigos, y matad á los fugitivos que se vayan quedando atrás, y no dejéis entrar á guarecerse en sus ciudades á los que ha puesto el Señor en vuestras manos.» Habiendo, pues, hecho gran matanza en los enemigos, casi hasta el punto de no dejar uno de ellos con vida, los que pudieron escapar de los israelitas se metieron en las ciudades fortificadas. Y se volvió todo el ejército hacia Josué á Maceda, en donde á la sazón estaba el campamento, salvo y sin haber perdido un solo hombre. Entonces Josué mandó abrir la entrada de la cueva y que le trajesen los cinco reyes. Cuando estuvieron en su presencia, llamó á todos los hombres de Israel y dijo á los jefes del ejército que estaban con él: «Id y poned el pié sobre los cuellos de estos reyes.» Ellos llegaron allí, y mientras tenían el pié sobre su cuello, añadió: «No temais, ni os acobardeis, confortaos y tened valor, porque el Eterno hará del mismo modo con todos vuestros enemigos, contra los cuales combatiréis.» Despues de esto Josué les hizo golpear y quitar la vida, y les mandó colgar en cinco maderos, y estuvieron colgados hasta la tarde, que se arrojaron sus cadáveres á la cueva, en donde se habian ocultado, con grandes piedras á la entrada.

Tal fué la memorable victoria que Dios con-